

MOLINA Y GILBERTI, DOS MISIONEROS LEXICOGRAFOS FRENTE A NEBRIJA: LA MACROESTRUCTURA DE SUS VOCABULARIOS

Prof. Dr. Manuel Galeote

Universidad de Málaga, Andalucía Tech, Dpto de Filología Española I, Románica e Italiana,
Campus de Teatinos, E-29071-Málaga

En setiembre de 1599 se terminó de imprimir el volumen de fray Maturino Gilberti, titulado (al estilo de los antiguos códices medievales) *Aquí comienza el vocabulario en lengua castellana y mechucana*, compuesto por el muy reverendo padre (...) de la orden del sephahico padre Sant Francisco. Así, pues, junto al Diccionario del franciscano Alonso de Molina, *Aquí comienza un vocabulario en la lengua castellana y mexicana* (mayo de 1555), nos encontramos con dos diccionarios similares, impresos en la primera imprenta de México por Juan Pablos, que se enfrentan al Vocabulario castellano-latino de Nebrija. Ambos aceptaban el magisterio nebrisense pero se encontraban con la disparidad lingüística y material del nuevo mundo mesoamericano.

Nunca se ha cotejado la macroestructura de estos dos “raros” incunables americanos entre sí ni, por supuesto, en comparación con Nebrija.

Nuestra comunicación se propuso revisar las decisiones macroestructurales de Molina y de Gilberti, así como bosquejar el tratamiento microestructural de las entradas “nuevas”, añadidas por los misioneros: a) Molina frente a Nebrija; b) Gilberti frente a Nebrija; c) Gilberti frente a Molina. Es bien sabido que las artes gramaticales y los vocabularios de los misioneros lingüistas respetan la tradición lexicográfica que generan sus obras impresas y combinan con ella las innovaciones.

Uno de los factores más importantes en relación con la lexicografía bilingüe novohispana, a nuestro juicio, lo constituyó que el obispo fray Juan Zumárraga, erasmista llegado a las Indias en 1528, decidiera “el establecimiento de una imprenta en el Nuevo Mundo [que] ayudaría a la empresa de evangelizar a los indios y de promover la educación en las colonias” (Griffin 1991: 117). Unido todo ello a una efervescencia gramatical y cultural sin precedentes (Hernández de León-Portilla 2003: 6-17), este vocabulario ya impreso tuvo que circular ampliamente antes de ver una segunda edición (ampliada) en 1571. Los inconvenientes y obstáculos de que se queja en fraile metido a lexicógrafo solo pueden entenderse en este ambiente sospechoso de erasmismo.

Un vocabulario misionero en la estela de Nebrija “muy nuevo”

Fray Bernardino de Sahagún, el etnógrafo y antropólogo, colaboró con Molina. Queda constancia en el colofón de que había supervisado el volumen el “reuerendo padre fray Bernardino de Sahagun, [...] a quien el examen della [de la obra] fue cometido” (Molina 1555: f. 261). Desde 1529 y durante toda su vida, Sahagún desarrolló una vasta producción escrita de la cual “comenzóse a decir de los que lo supieron que se hacia un calepino y aún hasta ahora hay muchos que preguntan por él”. Pretendía confeccionar “esta obra como una red barredera para

sacar a luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias metafóricas significaciones y todas sus maneras de hablar". Nos consta que en 1568, año de la cuarta estancia en Tlatelolco, Sahagún llevaba consigo "un Arte de la lengua mexicana, con su Vocabulario y Apéndice" (León-Portilla 1987: 108-109 y 134-137; Vicente Castro 1997: 125, 131)

Por el momento desconocemos los materiales exactos que pudo mostrar o entregar fray Bernardino de Sahagún a Molina para sus diccionarios, así como el alcance que tuvo su revisión de las entradas del manuscrito y de las equivalencias léxicas entre el castellano y el náhuatl.

Actualmente nuestra indagación sobre las fuentes de que se valió el Padre Molina llenas de interrogantes se centran en el material evangelizador, esto es misionero. Es un vocabulario producido en la frontera del español para la enseñanza del idioma. Para la enseñanza del náhuatl. Por eso nos hallamos ante un Vocabulario náhuatl que comienza en castellano. Ahí radica la principal paradoja de la obra. No se resolvió hasta el VMC de 1571.

Recordaremos aquí al predecesor fray A. de Olmos (1993 [1547]), con informadores coetáneos y expertos colaboradores, como Hernando de Ribas (Hernández de León-Portilla 1995-1996 y 1997).

Si en España falta por saber lo que de eclesiástico añadieron Fray Pedro de Alcalá (1505) y fray Gabriel Busa (1507) en sus repertorios lexicográfico; muy diferente, aunque haya paralelismos, debió de ocurrir en las Indias: los vocabularios bilingües no pudieron convertirse en calcos nebrisenses, pues las lenguas indoamericanas se manifestaban como realidades ostensibles que había que aprender.

Era urgente compilar el caudal léxico de las lenguas indígenas: pueden citarse los repertorios de Molina y Maturino Gilberti (1558), al lado de Juan de Córdoba (1578), Francisco de Alvarado (1593) y otros. Molina entregó su vida y sus afanes a un macroproyecto de materiales para que aprendieran la lengua náhuatl los religiosos españoles.

Quedaba bien claro para Molina el Vocabulario de 1555 era un diccionario náhuatl. Y Molina uno de los más activos "lingüistas en la frontera". Cada misionero empezó "aprendiendo primero la lengua que se tratara de codificar, convirtiéndose en uno de sus hablantes, familiarizándose con ella plenamente, para después describirla como si fueran hablantes nativos. Aquellos franciscanos convertidos en lingüistas tomaron las argumentaciones misioneras de las Sagradas Escrituras; actuaban movidos por obligación moral y predicaban el evangelio en la lengua indígena. Por eso se metamorfosearon en "lingüistas".

Del análisis de la macroestructura de los dos tempranos vocabularios de Gilberti y Molina, se desprende que concibieron un programa para la evangelización cristiana en la lengua del evangelizado, más que por la enseñanza del español como lengua extranjera (cf. Esparza 2005: 77-87). Debieron traducir con la lengua náhuatl los contenidos religiosos del cristianismo. La religión ocupaba el centro de la cosmovisión indígena en aquel contexto histórico. De este modo, los misioneros llegaron a los límites de la comunicación intercultural: a una "equivalencia interlingüe aproximativa" y ejercían una intervención lingüística en la

estructura léxico-semántica de las lenguas amerindias, que no se percibiría explícitamente (Zimmerman 2005: 123-127):

Desde el punto de vista religioso y evangelizador, la conquista novohispana se convertía en una extensión cronológica y geográfica de la consumada reconquista peninsular. Desde los tiempos de la Europa medieval, la conversión de los infieles había sido objetivo vocacional de franciscanos y dominicos. Al igual que en el reino nazarí de Granada (tras su conquista definitiva en 1492), entre los indígenas mexicanos se dieron “ciertas similitudes en los métodos emprendidos para la conversión de ambos: el aprendizaje de la lengua de los nuevos convertidos por parte de los predicadores (a pesar del interés de la Corona por imponer el castellano), la dedicación especial a la instrucción de los niños, la insistencia en el desinterés material de los misioneros y la atracción externa hacia el culto cristiano”, por lo que “la experiencia granadina pudo ser aprovechada de algún modo por los misioneros de México. Por lo tanto, al estudiar la situación de frontera y las estrategias lingüísticas, respecto a la evangelización de los indígenas de México, habrá que revisar profundamente el precedente cercano (con su desarrollo paralelo, claro y preciso) de la conquista del Reino de Granada.

Al finalizar el siglo XVI había ya obras en mexicano, otomí, tarasco, mixteco, chuchón, huasteco, zapoteco y maya, sin contar con las en lenguas de Guatemala, sobresaliendo entre todas los cinco Vocabularios, mexicano de Molina, tarasco de Gilberti, zapoteco de Córdoba, Mixteco de Alvarado y maya de Villalpando. Al VCM55 le tocó convertirse en modelo lexicográfico para otros diccionarios plurilingües que partían del español y tenían como lengua de destino cualquier otra de las lenguas indígenas americanas, filipinas u oceánicas (Quilis 1998). Gilberti fue el primero que, en 1559, demostraba que fray Alonso de Molina se había convertido en el Nebrija de las Indias. Ambos vocabularios novohispanos o mexicanos mostraban respecto a la macroestructura del Vocabulario nebrisense, una visible disminución de entradas y la adición de muchas por necesidades evangelizadoras, ajenas a las preocupaciones del humanista sevillano: el pecado original, el bautismo, la misa, la cultura material o la fauna indoamericana, entre tantas otras.

FUENTES:

Alonso de Molina (O.F.M.). [*Vocabulario en lengua castellana y mexicana... compuesto por el Padre Fray Alonso de Molina...*]. [Mexico: Juan Pablos, 1555]. -- [6], 259 h.; 4º.

Fray Maturino Gilberti, (O.F.M.), 1498-1585. *Aquí comienza el vocabulario en lengua castellana y mechucana* / compuesto por el muy reverendo padre Fray Maturino Gylberti de la orden del sepahico padre Sant Francisco. Indorum nimia te fecit prole parentem Qui genuit moriens, quos pater alme foves. Confixus vivis, langues: cum mente revoluis, Vulnera, cum spectas, stigmata carne geris.--

México: acabose de imprimir a siete dias del mes de setiembre de 1559, 1559. 168 fs., A-X8. : il. ; 4^o (20 cm).